

POR MIGUEL ÁNGEL QUINTANA PAZ

ENTREVISTA A ZARATUSTRA

*«En 2025 deberían ustedes recapacitar
sobre lo que ya les advirtió Nietzsche»*



Acaban de cumplirse 125 años del fallecimiento del pensador alemán Friedrich Nietzsche. De modo que decidimos conversar con el protagonista de su libro de 1883 *Así habló Zaratustra*: el propio Zaratustra. Nadie mejor que él para ilustrarnos sobre las ideas de su autor. Y para reflexionar sobre las herencias, pistas y ayudas que nos ha legado su extensa obra, tantos años después.

Zaratustra nos cita, como sin duda era de esperar, a mediodía y entre altas montañas. Montañas desde las que contemplamos el mundo de hoy a la par que deliberamos sobre sus vicisitudes. La charla es larga e incluye abundantes confidencias que no procede transcribir a continuación; el corazón de nuestro interlocutor parece rebosar de riquezas que se dirían ansiosas de compartirse con cualquiera. Mas a medida que avanza la tarde, cuando incluso alguna lechuza llega a emprender a nuestro alrededor el vuelo, Zaratustra nos advierte de que no desea ponerse hegeliano. De forma que, apenas llegadas esas horas, daremos el diálogo por concluido.

PREGUNTA (Miguel Ángel Quintana Paz).— Creo que lo primero, aun resultando ardua la tarea, sería tratar de definir quién fue Friedrich Nietzsche. ¿Un filósofo, un literato, un peculiar profeta? Incluso, por qué no barajarlo, ¿un pobre hombre que terminó loco tras una vida más que atribulada?

RESPUESTA (Zaratustra).— Creo que, más que una tarea ardua, definir a Nietzsche se revela como una misión contradictoria. En buena parte de sus textos, nuestro autor (o, si se me permite ser más correcto, mi autor) se esforzó por mostrar que las categorías, los conceptos, el instrumental con el que los occidentales intentamos captar nuestro mundo se estaban revelando inservibles ya en su época, ¡y estamos hablando de la segunda mitad del siglo XIX! Resulta de lo más congruente, pues, que tal instrumental tampoco resulte útil a la hora de tratar de definir al propio Nietzsche.

Pero no quiero dejar la pregunta sin responder. Sería un error, de hecho, considerar a Nietzsche un escéptico: un mero filósofo más que viene a repetirnos tan solo que la razón no nos resulta demasiado fecunda para lidiar con la vida. Bien es verdad que sí atravesó una etapa (juvenil) más schopenhaueriana, durante la que se demoró en la idea de que nuestro intelecto era incapaz de atrapar la esencia del mundo, pues siempre se queda en representaciones un tanto arbitrarias, mientras que solo el arte podía de algún modo sugerirnos tal esencia. Algunos leen su primer libro de empaque, *El nacimiento de la tragedia*, de 1872, aún dentro de ese marco.

M.Á.Q.P.— Pero pronto saldría de él, ¿verdad?

Z.— En efecto. A lo largo de su obra posterior, Nietzsche sometería a dura crítica ese planteamiento. Pues, en el fondo, era un planteamiento que seguía otorgando preeminencia a aquello que presuntamente venía a derribar: a la razón socrática, a su esfuerzo por los conceptos y las categorías, por someter a la vida a un molde preciso de deberes o soluciones; solo que, tras constatar su derrota al abordar esa vía, se sumía en una especie de rebeldía destructiva, un nihilismo negativo, un anhelo de autoanularse a través de emociones bajas como la empatía con todo lo viviente, el opio de las artes, el desapego hacia la propia vida. Nietzsche captó que tenía que ir más allá de ese dualismo —o bien estricta racionalidad socrático-platónica-kantiana, o bien nihilismo escéptico-schopenhaueriano; dualismo en el que, como de costumbre, las dos presuntas alternativas se retroalimentan—; tenía que ir más allá si, de veras, pretendía ofrecer una salida a nuestra situación.

M.Á.Q.P.— Estoy pensando, Zaratustra, que una de las metáforas por las que es usted más conocido, la de *Las tres metamorfosis del espíritu*, concierne de lleno a este asunto, ¿no es así?

Z.— Por supuesto. Le agradezco que haya captado usted mi referencia oculta. Me propuse, para esta entrevista, hablar con un lenguaje menos metafórico del que es en mí habitual y por el que soy conocido; pero en este punto resulta inevitable recordar dicha metáfora.

Cuando Nietzsche me incitó a hablar de las tres metamorfosis, estábamos pensando en que el espíritu, la mentalidad humana (*Geist* en alemán significa las dos cosas) había pasado por dos momentos antes de nosotros.

El primer momento lo representaba bien un camello. Era el hombre que, bajo el cristianismo o bajo su forma más exasperada, la ética kantiana, caminaba por el mundo como un camello camina por el desierto: agobiado por la carga de sus obligaciones morales, pesado fardo que le acompaña a todas partes como una joroba. Resulta tan árida la existencia entera para un camello así, que solo le queda anhelar el final de ese desierto o vida por la que atraviesa (es decir, solo le queda desear, en realidad, morir, ilusionado con la esperanza de que más allá exista algún oasis que le otorgue algún descanso trasmundano).

M.Á.Q.P.– La vieja idea cristiana de que habitamos un valle de lágrimas, *lacrimarum vallis*, aunque en este caso se trata de una versión más árida y desértica.

Z.– Sí, porque al menos las lágrimas nos otorgan cierto consuelo (el propio [santo Tomás de Aquino recomendaba el lloro como cura contra la depresión](#)). Pero Nietzsche y yo pensamos que, en el fondo, la realidad es mucho más inhóspita en ese primer momento del espíritu humano: cualquier descanso que crea otear quien se encuentra oprimido bajo la carga de la ley divina es, en realidad, una mera alucinación. No quedan oasis. Ilusionarte con espejismos es solo un modo de postergar la continua decepción con que el desierto te proveerá.

M.Á.Q.P.– Esta idea del cristianismo como una ley agobiante, angustiada, que jamás podremos cargar más que afanosamente, me recuerda mucho a la idea que tenía de la ley divina otro alemán como ustedes, el señor Martín Lutero, fundador de la denominada Reforma protestante. Y no parece una causalidad que el padre de Friedrich Nietzsche, el reverendo Carl Ludwig, ejerciera de pastor luterano.

Z.– Buen apunte. De hecho, muchas de las críticas al cristianismo por las que es famoso Nietzsche se entienden mejor si se consideran, en realidad, críticas al luteranismo. De hecho, hay varios momentos en que Nietzsche pondera con generosidad lo católico, que asociaba a menudo con lo mediterráneo, latino y clásico; es decir, con nociones hacia las que sentía una neta simpatía. Así, en su libro *Aurora* de 1881, cuando quiere hablar de la virtud más generosa posible, pone el ejemplo de un sacerdote católico en su confesionario católico (sabido es que tal habitáculo no existe entre los protestantes), un confesor que «no solo renuncia a la gloria por el bien que hace, sino que quisiera escapar incluso de la gratitud, ya que esta resulta indiscreta e impúdica ante la soledad y el silencio» (ibídem, 449).

Pero nos hemos desviado un tanto de lo que estábamos explicando...

M.Á.Q.P.– Sí, ya volveremos luego a este asunto de la religiosidad, si le parece bien. Estábamos hablando de las tres transformaciones, o metamorfosis, del espíritu. Me había explicado usted la primera, la del camello. Quedan otras dos.

Z.– Así es. La segunda transformación la representamos mediante un león. Y cuando Nietzsche la puso en mi boca pensaba, obviamente, en su viejo maestro, Arthur Schopenhauer. Este, al igual que un león, es capaz de destrozar con sus garras todas las viejas creencias, todas las obligaciones que sojuzgaban al camello, todo lo que volvía su vida desértica e indeseable. Se trata del crítico radical de nuestro tiempo; el que no deja sin vapulear ninguna de nuestras antiguas certezas.

M.Á.Q.P.– Me llama la atención que, en la imagen popular de muchas personas, incluso presuntos intelectuales de nuestro tiempo, esa es justo la visión que tienen del propio Nietzsche, cuando en realidad él acabaría renegando de ese modo de ser.

Z.— Eso es verdad; mas también es cierto que nuestra filosofía, que parece leerse a veces con facilidad e incluso cierto placer, no siempre resulta sencilla. Es normal que suscite malentendidos como ese entre quienes la leen —no digamos ya entre quienes solo hablan de oídas sobre ella; le sorprendería a usted descubrir cuántos presuntos intelectuales, predicadores o moralistas se encuentran en realidad en esta segunda situación—.

En este caso concreto, por ejemplo, recordemos que a Nietzsche sus propios amigos le criticaban recurrentemente lo destructivo que resultaba, sobre todo en sus libros primeros. Su colega Erwin Rohde llegó a espetarle, sobre *Humano, demasiado humano*, de 1878, que «nadie me hará creer jamás en una doctrina semejante: no puede haber nadie que crea en ella, ni siquiera tú». Todavía en el subtítulo de *El ocaso de los ídolos*, de 1889 (es decir, una de sus últimas obras), el propio Nietzsche habla de «cómo filosofar con un martillo». Cabe dentro de lo razonable, pues, que algunos hayan deducido, al quedarse únicamente con esas pistas, que estamos ante un filósofo que solo se dedica a romper a martillazos las cosas, sin proponer salida alguna después.

M.Á.Q.P.— Bueno, cabe dentro de lo razonable si la gente se queda con los títulos de los libros, en lugar de leerlos; o si quieren perorar sobre un autor complejo, a partir solo de unas cuantas de sus páginas.

Pero estábamos con el león, la segunda metamorfosis del espíritu humano. ¿Qué es lo que no acaba de convencerles ni a Nietzsche ni a usted de él?

Z.— Pongámonos en el lugar del león...

M.Á.Q.P.— Permítame que sea escéptico ante esa posibilidad: mi filósofo favorito, Ludwig Wittgenstein, siempre aducía que, si un león hablara, no podríamos siquiera entenderlo; nos es tan imposible ponernos en su lugar como comprender qué significa la vida desde el punto de vista leonino.

Z.— Era solo un modo de hablar. Y permítame rogarle, todo lo amorosamente que usted desee, que no convendría que nos distrayésemos con sus opinioncitas personales sobre tal o cual filósofo. Empieza a caer la tarde y ya sabe usted que mi filosofía solo se comprende del todo bien a mediodía, cuando las siluetas que proyecta el sol resultan lo más cortas posible; cuando ya no tiene sentido diferenciar, a la manera platónica, entre el mundo verdadero y el de las sombras de la apariencia.

M.Á.Q.P.— Cierto. Le pido encarecido perdón por ello.

Z.— Como siempre digo, no tengo problema alguno en perdonarle lo que me haga a mí; pero el daño que así se haga usted a sí mismo, ¡cómo podría perdonárselo!

M.Á.Q.P.— Estábamos en el lugar del león...

Z.— Correcto. El león que ya ha destruido, como Schopenhauer, cualquier fe en nuestras representaciones, en nuestros deberes, en el sentido que daba el camello a su penoso vagar por el desierto. Y bien, una vez destrozadas todas esas cosas, ¿qué nos queda, qué le queda al león? Solo tumbarse, perezoso, a ver pasar el tiempo; dispuesto a desmenuzar con sus garras cualquier posible fe nueva que ose surgir, pero incapaz de moverse, de luchar, de vivir por ningún propósito: ¡sabe tan bien cómo aniquilarlos todos!

M.Á.Q.P.— Es el momento del nihilismo, ¿cierto?

Z.— En efecto, del nihilismo negativo. El propio Schopenhauer sacó atinado las consecuencias de ese su planteamiento: una vez llegado ahí, no le quedaba sino fundirse con el todo, aniquilarse a sí mismo en una especie de voluntad universal, empatizando con todo y por tanto volviéndose nada... Una especie de gran bostezo.

M.Á.Q.P.— Pero Nietzsche y usted acarician la posibilidad de ir más allá de esa especie de budismo importado.



Z.— Lo hacemos. Y es ahí donde surge la tercera metamorfosis: el niño. Un niño es inocente: no carga con las obligaciones del camello. Pero tampoco se esfuerza en destruirlas, como el león. Hace otra cosa con ellas: juega. Hay un cuadro del pintor austriaco Werner Horvath sobre *Las tres metamorfosis* (visible [aquí](#)) que representa esto muy bien: el niño y el camello están en realidad sobre la misma arena; pero lo que para el camello es arena del árido desierto, para el niño es arena de una playa con la que poder crear, construir, imaginar sus propias figuras: jugar.

Esa es la tercera metamorfosis: la de quien es capaz de superar el nihilismo negativo —el vacío— del león, pero sin caer de nuevo en la fe ni en las obligaciones caducas del camello. No se trata de cargar con ninguna imposición antigua; se trata de crear un nuevo sentido para las cosas. Como hacen los niños. Ellos saben, por ejemplo, que un rotulador es solo un rotulador; pero a la vez son capaces de entusiasmarse durante horas imaginando que el rotulador es un avión, o una serpiente, o una lanza. Han creado, les han dado su propio sentido a las cosas; y se lo han creído. Crear y creer: ese es un buen lema de la edad infantil.

M.Á.Q.P.— Es lo que podríamos denominar un nihilismo positivo.

Z.— Eso es lo que queremos contar. Que se puede decir sí a la vida, aunque no estén ya vigentes las viejas patrañas del pasado; o, mejor dicho, justo porque no están ya vigentes esas patrañas, que en el fondo hoy no se cree ya nadie —ni los curas; al final de nuestro libro, Nietzsche organizó un encuentro entre el último papa, ya jubilado, y yo—. Esas patrañas que antaño hacían la vida árida y nos hacían ansiar Otro Mundo, aunque tuviésemos que morirnos antes para llegar a él.

Por el contrario, el niño es el capaz de decir un santo sí a todo lo que aquí tenemos. No calumnia ya la vida: la celebra. Es el verdadero superhombre: no un dominador nazi que subyuga a los demás (y, por tanto, depende de ellos: recordemos lo que ya nos advirtió Hegel sobre la mutua dependencia entre un amo y su esclavo). Bien al contrario, el niño, el superhombre, ha sido capaz de un dominio mucho mayor que ese: el dominio sobre sí mismo, el coraje de decirle sí a cada momento de nuestra vida, porque le has dado sentido a todos sus instantes.

M.Á.Q.P.— Imagino que esto nos conduce a hablar del eterno retorno.

Z.— Imagina usted bien; ojalá esa imaginación le lleve algún día a vivir como un niño. El eterno retorno es lo que Nietzsche llama (en *La gaya ciencia*, de 1882) el peso más grande.

Se trata de otro ejercicio de imaginación, en este caso literaria: ponerte en la situación de que un genio «se deslizara, furtivo, en la más solitaria de tus soledades. Y te dijese: ‘Esta vida, tal y como tú ahora la vives y como la has vivido, deberás vivirla aún otra vez e innumerables veces, y no habrá en ella nada nuevo; sino que cada dolor y cada placer, y cada pensamiento, y cada suspiro, y cada cosa indeciblemente pequeña y grande de tu vida deberá retornar a ti, y todas en la misma secuencia y sucesión’». Si así ocurriera, ¿cómo reaccionarías?

Si has logrado dar sentido a tu vida, si has logrado amarla, entonces tu reacción será de gozo, como un niño al que prometen un sagrado juego eterno; si, por el contrario, te rechinan los dientes ante esa posibilidad, si la rechazas con toda tu alma, es que vives aún como un camello, o tal vez como un león, pero sin duda no como un niño.

M.Á.Q.P.— Le he de confesar que me quedaría aquí con usted, conversando sobre estos asuntos, una y otra vez, cual niño pequeño que ha encontrado el juego perfecto, y del que solo desea un eterno retorno.

Z.— Me temo, empero, que habremos de ir concluyendo nuestro encuentro. Ya sabe usted que aprecio siempre salir de mi conversación interior para compartir mi charla con un amigo. Pero también sabrá (por el poema final de *Más allá del bien y del mal*, de 1886, donde Nietzsche ya habla de mí) que ando a la búsqueda continua de amigos nuevos. ¿Hay alguna última cosa que desee abordar?

M.Á.Q.P.— Sí, justo la idea de último hombre. Sabrá usted que 92 años tras el fallecimiento de Nietzsche y en su obra *El fin de la historia y el último hombre*, un americano de ancestros japoneses, Francis Fukuyama, recogió esa noción de ustedes. Y lo hizo para reconocerles que se estaba cumpliendo: que nos estábamos adentrando en el mundo de «los últimos hombres». No parece que, en ese punto concreto, anduviera desatinado. ¿Podría sintetizarnos, para concluir, qué es eso que Nietzsche y usted nos avanzaron, que Fukuyama reiteró y que hoy nos rodea por doquier? ¿Qué son los últimos hombres?

Z.— Encantado, cómo no. La idea del último hombre la expusimos en un discurso que yo pronuncié hacia el final de nuestro libro. Era una especie de predicción conclusiva de hacia dónde caminaba la humanidad; y nos alegra que Fukuyama tras 92 años, o usted, 125 años después, nos atribuyan ahí cierto tino.

¿En qué consiste esa civilización de los últimos hombres que veíamos cernirse sobre Occidente? Ante todo, se trata del resultado que se produce cuando la civilización combina dos elementos que no se han combinado, con anterioridad, nunca.

El primer elemento es una abrumadora ola de seguridad y comodidades, una expansión como jamás se vio antes de los placeres más superficiales y plebeyos, que se democratizan entre todos los individuos, y a los que estos se agarran con pasión. Ese es, sin embargo, el único aspecto en que se muestran apasionados: y ahí tenemos el segundo elemento necesario para que surja el último hombre. Se trata de un ser conformista, que evita todo riesgo, todo conflicto. Al fin y al cabo, ¡está tan amodorrado en su estado de bienestar!

No tenemos, pues, un ser humano que aproveche lo bien garantizadas que tiene sus necesidades básicas para lanzarse hacia nuevos retos y excelencias. Nadie escala aquí esa pirámide que el bribón de Abraham Maslow se inventó. El mundo de los últimos hombres es un mundo donde destacar entre los demás está mal visto; donde dar cualquier problemín está mal visto; donde proponer cualquier desafío novedoso está mal visto.

M.Á.Q.P.— Y donde todos acatan ese nuevo Imperio del bien, como diría Philippe Muray, cual bebés bobalicones que solo saben sonreír.

Z.— Así es. El último hombre es un animal domesticado. No tiene nada por lo que luchar, no digamos ya por lo que morir, y por tanto tampoco tiene nada alto por lo que vivir. Ha sido incapaz de dar el salto hacia el niño creador del que hablábamos antes.

Si Nietzsche y yo pensábamos en un superhombre —que no es ningún personaje con superpoderes de película de Marvel, creo que eso ya lo hemos dejado claro— es porque nos dábamos cuenta de adonde iba la humanidad. Y por eso proponíamos ir más allá de ese tipo de humano que se vislumbraba en el horizonte. El alemán *Übermensch*, que se suele traducir como «superhombre», significa justo eso: lo que está sobre, más allá, por encima del hombre; no meramente un Superman. Quizá por eso sería recomendable que ustedes lo tradujeran al español por «sobrehumano» más bien.

En suma, Nietzsche y yo nos dábamos cuenta de que, dejada a solas, la humanidad iba a tener la tendencia, a medida que avanzara la ciencia y la técnica, de quedarse en esa calma chicha de seguridades. En pleno año 2025, creo, si me permite el consejo final, que deberían ustedes recapacitar sobre todo esto

y, por qué no, releer nuestro libro. Al fin y al cabo, un mundo dirigido por una inteligencia artificial que hace todo fácil, pero a la vez desapasionado; un mundo en que poderes lejanos les garanticen a todos paz por todo el orbe, pero también un control nunca visto; un mundo en que nadie crea demasiado en ninguna cosa, salvo en el Sagrado Deber de ser pacífico y empático; ¿no está todo eso mucho más cerca de ustedes que de estas montañas en que ahora conversamos? ¿Quieren de veras acabar ahí? ¿Se atreven siquiera a preguntarse qué es lo que quieren?

Así habló Zaratustra. Y el sol se ocultaba ya.